ARTE JAPONÉS

Pero, ¿es que puede llamarse arte aquella fecunda producción de figuritas de bronce o porcelana, cajas de laca negra floreadas de oro y rojo, y demás objetos japoneses cuyo carácter exótico nos seduce, más que a causa de su belleza, en fuerza de su originalidad?

He aquí una cuestión, sin duda.

Es verdad que dentro del concepto del arte, tal como lo entienden los europeos, y como lo entendemos nosotros, los americanos, la pintura japonesa no pasa de ser una rama inferior del arte, como quiera que ella no va a la interpretación directa de la naturaleza, sino que únicamente solicita del natural ciertos elementos, ciertos detalles de forma y de color que aprovecha para componer con ellos los asuntos eminentemente decorativos de sus producciones.

Carece, pues, el arte japonés de las condiciones que distinguen al arte puro, al gran arte. Su importancia en este respecto es bien reducida, por no decir nula. Es frívolo, es ligero; no posée la menor trascendencia. Acaso en esto reside gran parte de su encanto. No nos obliga a nada: ni a pensar, ni a sentir con intensidad. En cambio, nos deleita con sus excentricidades de formas y de colores.

Nadie ignora que existen actualmente en el Japón algunos pintores distinguidos, que se dedican a cultivar el arte en su forma más noble, esto es, pintores que hacen el retrato, el paisaje y el cuadro de género. Pero estos pintores—algunos de ellos notables—han

BIBLIOTECA NACIONAL CHILE
FONDO BIBLIOG. SILP. ARAUL SIL.